

A continuación, se reproduce un capítulo de este libro

Nuestra historia de San Miguel



Según data la historia
la ermita de San Miguel
se construyó en el siglo XVI
gracias a un matrimonio
que nombro a continuación.

En una visita episcopal
del año 1545
se menciona una capilla
que estos señores

quisieron regalar:

D. Luis de Mesa, *el Viejo*,
y Teresa Alonso de Escobar;
familia muy católica
que al pueblo quisieron donar.

También tienen sus paredes
escudos que resaltar
de familias como los Escobar, los
Saavedra o los Bernal,
blasones todos ellos
que nos quisieron entregar.



Estas familias tan nobles
a este matrimonio quisieron ayudar
porque ya eran grandes amigas
de muchos años atrás.

Cuando la vieron tan bonita,
se llenaron de alegría,
y para las generaciones futuras
sus escudos regalarían.
Hoy, a pesar de tantos años,
puestos están todavía.





A todo aquel que se acerque
le puedo recomendar
que descubra estos cinco escudos
que entre sus ruinas
se pueden contemplar:
tres en su fachada
—uno en la principal-,
dos en el interior
y uno en la pila bendita están.

Nosotros, con cariño y agradecimiento,
decimos que San Miguel y el pueblo entero
a estas familias jamás podrá olvidar
y que, a pesar de tantos años,
seguimos recordándolos igual.



Tenía San Miguel
un pequeño hospital,
regalo de Juan Copete
que al pueblo quiso entregar
para todos aquellos lugareños
que necesitaran curar,
así como para cuando venían
de camino frailes y peregrinos
pudieran allí descansar:
escuchaban misa en la ermita
y marchaban a Cáceres capital.

La ermitaña les preparaba
unas sabrosas gachas
para bien poderse alimentar
y que, durante el camino,
poderse recuperar.

Si visitas San Miguel
abre la puerta pequeña:
lo que tus ojos verán
será una triste y dolorosa pena.

El púlpito ya no existe,
donde el sacerdote,
en días de esplendor,
nos decía la santa misa
y, a continuación, el santo sermón,
aquel que todo el pueblo escuchara
con cariño y devoción.



El altar mayor tampoco existe,
ya no se puede contemplar,
y sus bonitas pinturas en el techo
ya todas en ruina están.

Sus medallones del altar mayor
aún hoy día se pueden admirar;
también su bonito arco de cantería
que daba gloria mirar.



El suelo cubierto de hierba está
porque el suelo primitivo
no existe ya en realidad.



Ayer, en mi última visita,
y en medio de tanta suciedad,
en un humilde rincón encontré
la bonita pila del agua bendita
que, aunque muy pequeña,
honrada por un gran escudo
en sus paredes está,
esperando que alguna mano generosa
en su sitio la pueda colocar.

En sus techos ya no hay palos,
pues pochos todos están.
Aunque en su exterior
todo muy limpio está,
no hubo una mano hermana
que su interior quisiera limpiar.

Si alguien la visita verá
que mis palabras
son una triste realidad.

Cuando pasaba por la ermita
siempre me quedaba mirando
a sus históricas piedras
tan bonitas hace años.

Espero que con mis modesta historia
la recordemos algo más,
pensando en años de esplendor
que hoy, por desgracia, ya perdidos están.

En el barrio del *parché*
tu capilla se fundó
para alegría del pueblo,
el que siempre te adoró.

Su esquilón ya no existe,
su hueco tapado está,
pero nos queda el recuerdo
de haberlo podido escuchar.

San Miguel, en su *parché*,
fue el escudo católico del pueblo
ya que todos te visitábamos,
aunque hoy sea un triste recuerdo.

Hace ya bastantes años
subir a San Miguel
era nuestra ilusión
porque se celebraban grandes fiestas
con alegría en tu honor.

El *parché* era tu bonito barrio,
nadie lo ponía en duda,
y, para las generaciones antiguas,
muy querida tu católica figura.

El día de tu fiesta –treinta de septiembre–
nadie la podía olvidar
porque pasábamos un buen día
con cariño y hermandad.
Por la noche a tu explanada
la juventud del pueblo subía,
con la cesta de la cena
para bailar hasta de día.

Para tristeza del pueblo,
todo se fue olvidando.
Hoy los mayores del parché
lo recordarán llorando.

Pero ¡bonito barrio: no estés triste!
Todo el pueblo está contigo
para juntos recordar
a nuestro San Miguel bendito.

Tu barrio se fue agrandando,
pero siguen tus calles y plazas bonitas.
Yo diría al visitante
cuando venga a nuestro pueblo
que el parché recorriera andando:
se llevará un grato recuerdo.

Ya hace muchos años,
por el tiempo de cuaresma,
el barrio del parché se preparaba
para tu cristiana y hermosa fiesta
participando con cariño, ilusión y fe:
todo el pueblo subía a visitar San Miguel.

Empezaba la novena
llamada de *los dolores*
donde todo el pueblo acudía
para adorar a la Virgen
en sus penas y alegrías.

El Domingo de Ramos
todo el pueblo sube
a tu ruinoso pero bendita ermita.
Allí está el sacerdote
repartiendo los ramos al pueblo

con cristiana y gran devoción,
pidiéndole a San Miguel
que todos los sierrafuenteños
podamos volver otro año también.

Ya camino de la Iglesia,
todos marchamos contentos
porque empieza la cuaresma,
tiempo de fe y recogimiento.

En aquellos tiempos,
cuando bajaba la procesión,
encontraba la puerta de la Iglesia cerrada.
El sacerdote daba tres golpes,
la puerta se abría
y la gente con devoción entraba.

Una vez terminada la misa,
con los ramos en la mano,
nos íbamos a nuestras casas
y detrás de la puerta los poníamos,
porque, según la tradición,
no entrara el diablo
y pudiéramos dormir
tranquilos y confiados.

De acuerdo con la costumbre,
se repartían por los campos.
Iban los matrimonios por la tarde
a pedir a Dios buen año.

La ermita estaba muy limpia,
de eso su barrio se encargaba
porque querían que todo el pueblo
vieran cómo lo adoraban.

Luego se fue arruinando,
para vergüenza de todo el pueblo.
Los queridos santos
que en la ermita había
personas piadosas los recogieron.
Tía Alfonsa Carrasco y tía Ana *la lucera*
marcharon una tarde a la ermita.
Tía Ana con una rodilla en la cabeza
y, envuelto en un paño, lo bajó.
A casa de tía Alfonsa lo llevaron
y allí permaneció varios años
con cariño y amor.
También se encontraba San Ramón:
desconozco quién se lo llevó.

Más tarde, tía Alfonsa
lo llevó a la Casa Parroquial,
y, desde aquel momento,
nadie sabe dónde está.
O no se quiso averiguar.
Tal vez en alguna exposición,
palacio o catedral.
Pero es mejor olvidar
estos tristes recuerdos
y poder continuar.

Semana antes de la cuaresma,
el Domingo de las Tortas,
la Virgen salía a tu puerta
ya camino de la Iglesia.

Todas las niñas del pueblo
subían en procesión
con una torta muy sabrosa

atada con el pañuelo de su padre
a ofrecérsela a la Virgen,
que la miraba bondadosa.

La fiesta era muy bonita:
los niños con su inocencia
para orgullo de sus padres
y también de sus abuelas.

Con sus manitas en alto
se las enseñaban a la Virgen:
antes no se atrevían a comérselas
pues era una tradición
que antes la Virgen la viera.

Cuando iban en procesión,
camino ya de la Iglesia,
los niños como jugando
les decían a las niñas:
¿Te doy una perra chica y te la “lambo”?

Las niñas, muy enfadadas,
decían: *¡mi torta no!*
y las madres miraban a sus hijas
con una sonrisa de amor,
y todos tan contentos
seguían en la procesión.

Luego en la explanada de la ermita
sus madres las repartían
para la familia y amiguitas que querían.

El Jueves Santo
iba la procesión al parché,

con la Verónica y el Nazareno
a la Virgen recoger.

Nuestro Jesús Nazareno,
como era tan alto,
no podía entrar en la ermita.
Y la Virgen de los Dolores,
cuando salía,
lo miraba con maternal alegría.

Y todos juntos en procesión
bajábamos con mucha devoción
y puestos en fila:
la Virgen y su hijo Jesús
otra vez juntos estarían.

El viajero y su callejero

Al viajero le hago saber
que, cuando visite nuestro pueblo,
no se olvide del *parché*:
tiene calles tan bonitas
que no se puede perder.



Entrando por la Calle Nueva
no tiene ningún problema:
¡comienza tu recorrido a pie!

